

La crisis de la sociedad y la construcción del sujeto político desde la perspectiva de Durkheim, Tönnies y Weber

Adrián Pablo Berardi Spairani*

••

Resumen: La modernidad ha sido el foco de análisis de las principales formulaciones de la sociología. En ese contexto, Ferdinand Tönnies, Max Weber y Emile Durkheim estudiaron el impacto de las transformaciones y las posibles crisis que se desatarían a partir del cambio de un tipo de organización, la comunidad, a otro, la sociedad. Siguiendo esta línea, el presente artículo propone indagar y analizar las soluciones que estos teóricos propusieron ante las posibles crisis que generarían el cambio en la forma de organización y el modo de vinculación entre los individuos, el cual, al mismo tiempo, estaría afectado por la implementación de un nuevo tipo de sistema económico, el capitalismo. Nuestro objetivo último es identificar cuál es el sujeto político, agente de cambio, que cada uno de estos tres autores consideró capaz de evitar los males suscitados por el «pase» de la comunidad a la sociedad en la modernidad.

Palabras claves: Sujeto Político; comunidad; sociedad; modernidad; capitalismo

Abstract: Modernity has been the focus of analysis of the main formulations of sociology. In this context Ferdinand Tönnies, Max Weber and Emile Durkheim studied the impact of the transformations and possible crises that would be unleashed because of the change from one type of organization, the community, to another, the society. Based on these ideas, this article seeks to investigate and analyze the solutions that these theorists have proposed towards the potential crisis that would produce the change in the form of organization and the way of linking between individuals that, at the same time, will be affected by implementing a new type of economic system, capitalism. Our

*. (adrianberardi@gmail.com) Licenciado en Sociología (Universidad de Buenos Aires). Doctorando en Sociología (Instituto de Altos Estudios Sociales / Universidad Nacional de San Martín), Tesis en curso, «Carreras militantes en la Argentina contemporánea. Un estudio sobre trayectorias en la Provincia de Jujuy». Jefe de trabajos prácticos en «Problemas Socioeconómicos Contemporáneos», Área de Sociología, Instituto de Ciencia, Universidad Nacional de General Sarmiento. Ayudante Docente en «Introducción al Conocimiento de la Sociedad y el Estado», Cátedra Jorge Saborido. Ciclo Básico Común, Universidad de Buenos Aires. Investigador del proyecto «La movilización de familiares de víctimas y los sentidos de los reclamos de justicia», dirigido por María Victoria Pita. Universidad Nacional de San Martín. Agradezco a dos evaluadores anónimos por las valiosas sugerencias que me realizaron y que me permitieron mejorar una versión anterior del presente artículo.

last objective would be to identify the political subject, agent of change, which each of the three authors considered capable of preventing the evils raised in modernity during the «pass» from community to society.

Keywords: Political Subject; community; society; modernity; capitalism

Recibido: 03/03/2015 **Aceptado:** 15/08/2015

Introducción

El análisis de la modernidad ha sido influenciado en la sociología clásica por el pensamiento de Ferdinand Tönnies, Max Weber y Emile Durkheim, quienes coinciden en afirmar que su surgimiento está determinado por el paso de un tipo de organización – la comunidad – a otro – la sociedad –.¹ Esto genera, indefectiblemente, un cambio en el tipo de relación que ponen en marcha los individuos y al mismo tiempo está afectado por la consolidación de un nuevo tipo de sistema económico, el capitalismo. Los tres autores concuerdan que en la sociedad se tiende a forjar un proceso de desintegración, por ello dedicaron parte de su tiempo intelectual a interpretar esta nueva realidad ensayando soluciones que permitan mantener con vida los lazos sociales y evitar el fin de la sociedad.

A partir de esta idea, Pablo De Marinis (2010a) propone, en el análisis que realiza sobre la obra de estos tres autores, considerar tres tipos de lecturas respecto al paso de la comunidad a la sociedad: una relacionada a la construcción de un tipo ideal, otra alineada a un relato de tipo histórico, y por último aquella que sostiene la construcción de un tipo político utópico; en esta última se hace referencia a las propuestas realizadas por estos autores respecto a las soluciones políticas ante los males que darán nacimiento al proceso de modernización.

Este trabajo se concentrará en la perspectiva del análisis de lectura en torno al tipo utópico político, y tiene el objetivo de identificar quiénes son los agentes capaces de evitar los efectos negativos de la modernidad, pero al mismo tiempo interpretar cuáles son los elementos que nos permiten comprender las soluciones a la crisis que se desataría en la sociedad y por qué serían necesarias estas soluciones. En este sen-

1. En los trabajos de Max Weber no se vislumbra necesariamente una dicotomía entre sociedad y comunidad tan explícita, sino más bien en la forma de relación social que cada etapa histórica determina; sobre todo considerando que la relación social es uno de los conceptos que más preocupan al autor dentro del marco de una sociología comprensivista que implica la explicación de las acciones sociales llevadas a cabo por un sujeto activo que orienta sus acciones a las acciones de los otros, buscando reciprocidad. Las referencias concretas traducidas al español refieren principalmente a actuar en sociedad y actuar en comunidad, o comunización. Incluso, en muchos casos actuar en sociedad y actuar por consenso, dentro de la obra de Weber, refieren a formas de actuar en comunidad (Geicsnek; 2012). No obstante esto, creemos que en el recorrido de su trabajo, Weber elabora las explicaciones históricas que permiten hablar de un paso de la comunidad a la sociedad y habilita a comparar su producción con la de Tönnies y Durkheim.

tido, pensar la idea de un Sujeto Político como actor capaz de evitar los males suscitados en la sociedad, nos pone en el desafío no sólo de encontrar al agente sino también de interpretar su accionar y las herramientas que pone en marcha. Nos vemos en la necesidad de analizar qué elementos de la comunidad consideran los autores referenciados necesarios recuperar en la sociedad para evitar la desintegración social tan temida. Para ello, la discusión entre la idea del individuo y la idea del colectivo se encontrará siempre dispuesta a reaparecer en este trabajo y propondrá lineamientos suficientemente claros para comprender el lugar del individuo en la modernidad.

Sin duda sería un error afirmar que Tönnies, Durkheim o Weber plantean la existencia de un agente de cambio (sujeto político o agente revolucionario) en el mismo sentido que Karl Marx consideró a la clase obrera en el desarrollo de su obra (Cliff; 1994); sin embargo, nos valdremos de la importancia en la construcción de agentes capaces de evitar la desintegración social, rescatando los elementos sobresalientes en el pensamiento de estos teóricos. A partir de esta argumentación, nuestra hipótesis de trabajo plantea que los tres autores de referencia construyen los elementos necesarios para dar a conocer las acciones que permiten pensar en un sujeto político desde su argumentación político utópica en torno al paso de la comunidad a la sociedad, sin necesariamente plantear un retorno al pasado, pero sí la revalorización y puesta en práctica de ciertos aspectos de la comunidad.

Para poder confirmar nuestra hipótesis nos detendremos en tres apartados, el primero haciendo referencia a las transformaciones generadas por el paso de la comunidad a la sociedad, tomando los conflictos que genera la sociedad; el segundo hará alusión a las alternativas que proponen cada uno de los autores; y por último, y a modo de conclusión, reconstruiremos los elementos en común que se encuentran en cada uno de los autores para llegar a la conformación del agente político.

Entendemos que las propuestas, tanto intelectuales como políticas, de los autores tienen ciertas diferencias entre sí, y los trabajos llevados adelante hasta el momento han intentado encontrar cierta continuidad, preferentemente entre las posiciones de Tönnies y de Durkheim (Brint; 2001). Esta situación nos permite inferir que una comparación entre los tres autores requiere de cierto esfuerzo académico por encontrar hilos de continuidad y de ruptura, que no son tan explícitos, y que necesariamente marcan ciertas contradicciones que pueden llevar a olvidar que el objetivo último es el análisis del actor que logre evitar la desintegración de los lazos.

Ciertamente, luego de más de doscientos años de trabajo sociológico sobre la obra de estos autores, se hace imposible abarcar todas las investigaciones que se llevaron adelante y poner en discusión cada uno de los posicionamientos respecto al paso de la comunidad a la sociedad, y la emergencia de un agente político; por esto, a los fines académicos de este trabajo, intentaremos realizar un recorte por demás sustancial de las ideas de los autores analizados, esperando ser precisos, quedando sin duda el desafío de avanzar –en futuros trabajos– en esos aspectos dejados de lado en el presente.

De la Comunidad a la Sociedad: la crisis en la modernidad

La modernidad determina el paso de un tipo de organización, la comunidad, a otro, la sociedad; principalmente los argumentos que se esgrimen hacen clara referencia a que los vínculos que establecen los individuos en ambos tipos de organización son diferentes. Para Tönnies, el paso de la comunidad a la sociedad es irreversible e inevitable (De Marinis; 2010a), y tanto Weber² como Durkheim comparten ese diagnóstico; los tres comprenden que el proceso de modernidad es un hecho que no se puede detener y que, al mismo tiempo, las formas de organización del pasado no pueden renacer. En esta argumentación, la comunidad es insustituible y al mismo tiempo irrecuperable, no obstante los tres sostienen que en la sociedad coexisten ciertos aspectos comunales. A partir de esto, podemos localizar que el principal problema de la forma de organización moderna, la sociedad, está determinado por una alteración respecto a la comunidad en las relaciones existentes entre los individuos, que podrían llevar a un proceso de desintegración, cuyo final hipotético, y más trágico, sería la destrucción de todo tipo de organización social, llegando a estadios extremos como una guerra de todos contra todos, o un proceso de anarquía total.³

Es cierto que los autores comparten estos puntos, sin embargo es pertinente mencionar cuáles son los cambios implícitos en el paso de la comunidad a la sociedad que generarían un proceso de desintegración y destrucción de todo tipo de lazos sociales para cada uno de ellos, lo que nos permitirá encontrar aún más similitudes, pero también diferencias.

En este sentido, los cambios que observa Tönnies hacen referencia a las transformaciones que se ven en los vínculos que se establecen en la sociedad – moderna e industrial – en tanto en ella los individuos son seres extraños que viven separados entre sí (a pesar de parecer estar juntos)⁴; allí comienza a mediar un proceso de ra-

2. En el caso de Weber, consideramos que sus posiciones sobre la concepción de lo social y los cambios en la modernidad es mucho más agónica y desgarrada (De Marinis; 2013) que la de Tönnies o Durkheim. Al mismo tiempo, es pertinente afirmar que en el desarrollo de su obra se detecta un marcado escepticismo respecto del politeísmo de los valores vigentes en la modernidad que le impedía visualizar efectivos «agentes de cambio»; no obstante esto, Weber plantea «salidas» en el plano utópico-político, que nos permitirán acercarnos al sujeto político que evite el desgarramiento de la sociedad.

3. Al mismo tiempo, es importante remarcar que la idea de comunidad, referida en estos clásicos, abarca sin duda una idea de unidad e identidad en común; en términos de Weber, esto refiere a la idea de una acción de unos con otros y para otros, versus un actuar unos contra otros (Weber; 2006).

4. En la obra de Ferdinand Tönnies se detecta la fuerte importancia que le da a la idea de la urbanización moderna, sin lugar a duda la gran metrópolis genera nuevas formas de vinculación entre los individuos, principalmente porque el vivir en las grandes ciudades no es necesariamente una decisión de un lugar donde vivir, sino mas bien –y por sobre todo– un recurso que utilizan los sujetos para incorporarse al sistema productivo industrial moderno. En este punto, el abandono de los lugares de origen (principalmente rurales), obliga a un des-

cionalización, y las relaciones que se establecen se caracterizan principalmente por la utilidad; en la sociedad «nadie considerará o dará algo a los demás a no ser a cambio de una contraprestación o contradonación» (Tönnies; 1947:65), es decir, hay una persecución individual de fines (De Marinis, 2010a; 364). La sociedad –capitalista– genera un tipo de relación que necesariamente es temporal, momentánea, que crea un punto de ruptura entre el bien común y el bien propio (Tönnies; 1947). Al mismo tiempo que en la gran ciudad, moderna y mercantil, en que se desarrolla la sociedad, los vínculos morales establecidos en la vieja organización comunal comienzan a invisibilizarse a medida que los ámbitos de participación del individuo, la familia o la aldea, comienzan a transformarse, dejan de ser espacios de interacción en el sentido de la comunidad,⁵ dándose una retirada de los viejos círculos de participación ligados a la tradición o a los afectos; en estas circunstancias, el mercado –principalmente– pasa a ocupar un lugar central en la relación entre los individuos (Tönnies; 1947).

De esta forma, la sociedad convierte a los individuos en seres egoístas y las vinculaciones entre ellos están mediadas por intereses particulares. Por esto, la sociedad tiende a convertirse en un estadio en el cual está siempre presente la posibilidad de enfrentamiento entre los individuos, donde el egoísmo y la competencia surgen como las características principales en el tipo de organización (Tönnies; 1947). En este estadio, los puntos de intercambio no se darían por medio de un consenso sino en todo caso por medio de la convención y/o contrato, es decir que la unidad en la sociedad se da necesariamente por la utilidad. En este sentido, la sociedad pertenece a un estadio capitalista caracterizado por relaciones temporales, momentáneas y de interdependencia, determinadas por un punto de ruptura entre el valor de uso y el valor de cambio que, en este estadio, podemos denominar mercancía (Tönnies; 1947).

La racionalidad, el cálculo constante que mide y equilibra estas relaciones sociales, constituye un factor trascendental en el momento de comprender cómo los individuos, en búsqueda de sus beneficios, intentan sacar ventajas para sus propios fines; ya no hay vínculos de dependencias morales o tradicionales; en la sociedad hay libertad de actuar en beneficio propio, en búsqueda de un interés individual sin importar el bien común. Así, la sociedad se presenta como un punto de ruptura entre lo antiguo y lo moderno, entre el bien común y el provecho propio, entre la economía

pojo de las relaciones que determinaron la historia biográfica de cada uno de esos sujetos. Por otra parte, vivir en un lugar nuevo, repleto de individuos desconocidos y con los que solo se comparte un interés material (trabajar en la industria y sobrevivir), genera un proceso de desgarramiento y una distancia entre los sujetos que apenas tienen en común un interés mercantil.

5. Para Tönnies, la comunidad genera un vínculo entre los individuos donde los fines que persiguen estos son siempre colectivos; los lazos están mediados por relaciones de cercanía (la familia, la aldea, la amistad); estas relaciones se dan de manera natural u orgánica. Los individuos se encuentran unidos no como extraños sino como miembros íntegros de un todo (Tönnies; 1974).

doméstica y la economía mercantil industrial. En la sociedad, los espacios de unidad que estaban signados por el espíritu de la comunidad (como la casa, la aldea y la ciudad) quedan reducidos a su mínima expresión y es un estadio donde nacen las grandes ciudades, las ciudades mercantiles y donde la idea de moralidad de la comunidad comienza a desaparecer, y el Estado emerge como el árbitro de las relaciones (Tönnies; 1947).

Weber⁶ comparte este argumento, en tanto encuentra en la sociedad una re-tracción de los vínculos tradicionales, tal cual lo expondrá en su informe respecto a los trabajadores del Este del Elba⁷; así la sociedad industrial moderna genera transformaciones tanto materiales como culturales, al mismo tiempo que se inicia un proceso de racionalización.⁸ Como consecuencia, los individuos en la sociedad llevan adelante un tipo de relación social que se encuentra íntegramente mediada por la acción racional de tipo instrumental y las viejas acciones tradicionales o afectivas características de las relaciones comunales pasan a un segundo plano (Sasín; 2010). En este sentido, la racionalidad impuesta en la modernidad despersonaliza al mismo tiempo que genera un tipo de vinculación entre los individuos que se encuentra mediado por la racionalidad y lo impersonal. En la sociedad moderna, el individuo se libera de los viejos lazos tradicionales y, como consecuencia, las relaciones sociales

6. Es pertinente aclarar que las definiciones de comunidad y sociedad en la obra de Weber han sido reformuladas en sus diferentes trabajos. Tal cual lo analiza De Marinis (2013), las primeras definiciones en torno a la comunidad y sociedad fueron principalmente expuestas en sus «Ensayos de 1913» donde desarrolló los primeros presupuestos teóricos al respecto, profundizando en los conceptos «actuar en comunidad» (como una relación con sentido entre los hombres), «actuar en sociedad» (como una relación orientada racionalmente) y finalmente «actuar asociado» (último estadio donde se establece un orden que se impone por un pacto) (De Marinis; 2013), en estos términos es fundamental interpretar el valor creciente de la racionalidad; y de esta manera se comprende que cada estadio esté acompañado de un aumento de la racionalidad. Estas distintas construcciones teóricas de Weber fueron finalmente readaptadas, resumidas o directamente disueltas por Marianne Weber en la compilación hecha en el libro «Economía y Sociedad». A los fines prácticos de este artículo, retomaremos la definición de *Vergemeinschaftung* y *Vergesellschaftung* de «Economía y Sociedad» y tempranas posiciones en torno a los campesinos del Este del Elba.

7. Weber (1990) hace referencia a los cambios que genera el proceso de industrialización en Alemania, principalmente concentra su atención en el fin de un tipo de relación social (económica), la comunidad de intereses, donde los vínculos establecidos entre el patrono y los trabajadores generaba cierta relación de sostén mutuo y moral que comienza a desmoronarse cuando el trabajador se convierte en un individuo libre en el mercado y el patrón tiende a preocuparse por la maximización de sus ganancias dentro del sistema capitalista.

8. Weber (1990) afirma que el Junker, o patrón, abandona las viejas formas de producción, ligadas a los elementos más tradicionales de la cultura y comienza a perseguir la ampliación de su ganancia, más allá de la satisfacción de las necesidades (Haidar; 2010). En este sentido, el sistema industrial generaliza una insistente búsqueda de ganancias por encima de las antiguas formas de producción, lo que genera una transformación en el tipo de relación que llevan adelante los individuos.

pasan a estar medidas por la búsqueda racional de intercambio de intereses y no el bien común. Por otra parte, la relación social que se establece en la comunidad se encuentra mediada por una identidad común que permite que los objetivos individuales estén direccionados y vinculados a una reciprocidad con el otro; entonces el lazo que se genera entre los individuos necesariamente está subsumido a una idea de reciprocidad e identidad que en la sociedad comienza a desintegrarse.

En similar posición, la perspectiva de Durkheim⁹ adhiere a los postulados de Tönnies y Weber; para él la sociedad moderna – industrial – genera necesariamente un proceso de desintegración y anomia, al mismo tiempo que lleva a un proceso de profesionalización,¹⁰ individualización y desfamiliarización (Grondona; 2010). También existe en la sociedad una ruptura de los lazos ante la primacía de lo individual por sobre lo colectivo (Sasín; 2010), caracterizada principalmente por el egoísmo.

De esta manera, para Durkheim la sociedad puede tender a desintegrar los vínculos colectivos y solidarios si no se toman medidas pertinentes, en tanto las sociedades tienden a ser industriales y a orientarse hacia el interés individual (Durkheim; 2004), así lo demuestra cuando afirma: «una forma de actividad que se ha apoderado de un lugar semejante en el conjunto de la vida social, no puede, evidentemente, permanecer hasta ese punto careciendo de una reglamentación, sin que se produzcan las perturbaciones más profundas» (Durkheim; 2004:10). En la comunidad, por el contrario, las relaciones entre los individuos se encuentran sostenidas por creencias y sentimientos comunes, las tradiciones generan vínculos morales que permiten sostener la unidad colectiva:

«La comunidad de intereses ocupaba el lugar de los lazos de la sangre. Los miembros hasta tal punto se miraban como hermanos, que a veces se daban entre ellos este nombre. La expresión más ordinaria es verdad que era la de *sodales*; pero esta palabra misma expresa un parentesco espiritual que implica una estrecha confraternidad» (Durkheim; 2004:18).

En base a la percepción de estos tres autores, encontramos que existe una coincidencia en considerar que la sociedad construye un tipo de vinculación entre los individuos que tiende a desarticular sus antiguos lazos, creando nuevos tipos de vínculos, donde el principal peligro es sin duda la tendencia a la individualización y el

9. Émile Durkheim entenderá este paso de la comunidad a la sociedad utilizando los términos de solidaridad mecánica y solidaridad orgánica, mostrando la transformación histórica a la que hacemos referencia en este trabajo.

10. La racionalidad constituye un elemento fundamental en el desarrollo de la economía capitalista a partir del avance de la industrialización, esto conlleva un avance de los procesos técnicos y el surgimiento de la idea de que la capacidad humana de conocimiento es ilimitada. La racionalidad justamente fomenta la capacidad de decisión de las personas y al mismo tiempo promueve la tecnificación por medio de la ciencia. De esto se deduce que el profesionalismo que confiere el proceso industrial, viene relacionado al surgimiento de la racionalidad a fin de establecer relaciones de intercambio que determinan los nuevos vínculos de la sociedad.

entramados y perspectivas, vol. 5, núm. 5, págs. 179-201 (oct. 2014/sept. 2015)

egoísmo que se encuentran viciados por un tipo de relación establecida a partir de intereses particulares por sobre los intereses colectivos o comunes, pero también por un deterioro de los viejos dispositivos morales (principalmente tradicionales y/o religiosos) que actuaban coercitivamente ante la acción de los individuos y que, al mismo tiempo, los ligaba unos con otros por medio de relaciones de cercanía e intereses compartidos.

De esta forma resume Durkheim ese crítico momento donde la sociedad reemplaza a la comunidad:

«La moral que corresponde a ese tipo social ha retrocedido, pero sin que el otro se desenvolviera lo bastante rápido para ocupar el terreno que la primera dejaba vacío en nuestras conciencias. Nuestra fe se ha quebrantado; la tradición ha perdido parte de su imperio; el juicio individual se ha emancipado del juicio colectivo. Mas, por otra parte, las funciones que se han disociado en el transcurso de la tormenta no han tenido tiempo de ajustarse las unas a las otras; la nueva vida que se ha desenvuelto como de golpe no ha podido organizarse por completo, y, sobre todo, no se ha organizado en forma que satisfaga la necesidad de justicia, que se ha despertado más ardiente en nuestros corazones» (Durkheim; 2004: 403-404).

También Weber sostendrá este paso crítico de la comunidad a la sociedad en términos similares cuando afirma:

«Este es el destino de nuestra época con su característica de racionalización e intelectualización y, sobre todo, con su desencantamiento del mundo que hacen que se retiren de la vida pública los últimos y más sublimes valores y busquen refugio ya sea en el reino extraterreno de la vida mística o en las fraternidad de las relaciones inmediatas y recíprocas de los individuos» (Weber; 2003:34).

No obstante, los tres autores consideran que la sociedad moderna genera un proceso de libertad mayor que el de las formas comunitarias de organización, en tanto los mecanismos de coerción aparecen más dispersos y la presión sobre las responsabilidades tiende a ser más débil a medida que hay un proceso de distanciamiento de los individuos entre sí, y de los individuos con la autoridad; sin embargo, esta puede ser positiva o negativa dependiendo de los instrumentos de normalización – o los valores morales – que permitan que esa libertad no termine favoreciendo el proceso de desintegración, posicionando los intereses individuales por sobre el bien común.

En este sentido, el gran desafío teórico – político para los tres autores – está mediado por la forma en que la sociedad puede subsistir a pesar de los males que su surgimiento podría dar lugar; las argumentaciones son similares – aunque no idénticas – y llegan a la conclusión de que es necesario reactivar y poner en marcha ciertos elementos y/o instrumentos de la comunidad con el fin de evitar la desintegración.

Sobre la necesidad de una solución

En el apartado anterior hicimos referencia a que los tres autores coinciden en que la comunidad es un estadio que ha quedado en el tiempo. Sin embargo, también sostienen que en la sociedad el individuo vive una ampliación de su libertad – a partir de la desarticulación de los vínculos morales coercitivos – pero existe a su vez un asedio constante generado por la individualización, el egoísmo y el peligro siempre latente de la desintegración. En este sentido, los trabajos de los autores referenciados nos permiten vislumbrar la necesidad de retomar o fortalecer principios que fueron descartados en el paso de la comunidad a la sociedad o bien que se encuentran latentes en la modernidad sin poder cumplir un rol fundamental. Por estas razones, para evitar la crisis desintegradora que generaría el paso de la comunidad a la sociedad, proponen fortalecer las relaciones de pertenencia y los valores (morales o tradicionales) que darían lugar a revitalizar un tipo de relación (y vínculos) similares a lo que existían en la comunidad.¹¹ Es decir, presuponen de antemano que la única forma de sostener la integración de los individuos y evitar los males que genera la sociedad, se encuentra relacionada a la (re)generación y conformación de vínculos que sean capaces de contener la acción de los individuos dentro de marcos normativos comunes,¹² dentro de estructuras moralmente coercitivas.

En el caso particular de Weber, y haciendo referencia a la desintegración de la comunidad de intereses, él sostiene que es necesario reconstruir un sentimiento de pertenencia; en este sentido afirma que en la comunidad convive «un sentimiento subjetivo (afectivo o tradicional) de los partícipes de construir un todo» (Weber; 2008; 33); por esto, es este sentimiento subjetivo el que debe ser construido o reconfigurado en la sociedad, en tanto la idea de desintegración solo puede ser contrapuesta por la idea de comunidad, en la medida en que la comunidad es pensada como instrumento que revitaliza los vínculos que la racionalización de la sociedad fue desarticulando¹³ (De Marinis; 2013). La idea de los valores (tradiciones o morales) inscriptos en un todo, en un colectivo, como forma de unidad – y al fin de cuentas como forma

11. Decimos similares y no iguales, en tanto desde nuestra perspectiva sería un error considerar la posibilidad de la existencia de relaciones comunales idénticas en la sociedad, debido a que, como ha quedado dicho, la comunidad como tal es irrecuperable e insustituible.

12. En este punto es importante una aclaración que sostiene este argumento, porque mientras que en la comunidad esos lazos de unidad y fines comunes se conformaban de manera natural, en la sociedad esta esencia natural de unidad, dentro de un sistema individualista, comienza a desintegrarse; por eso, para continuar este bosquejo debemos entender a la comunidad como el «el reino de la *Wesenswille*, o voluntad esencial, natural y orgánica, y (...) la sociedad, basada en la *Kürwille*, la voluntad racional o reflexiva» (De Marinis; 2005: 4).

13. Recordemos que en su trabajo «Economía y Sociedad», Weber marca estas diferencias entre comunidad y sociedad utilizando la diferenciación de dos tipos de relaciones: *Vergemeinschaftung* para hacer referencia a un tipo de relación basado en la pertenencia común, y *Vergesellschaftung* para un tipo de relación sostenido por intereses motivados racionalmente y con arreglo a fines (De Marinis; 2005).

de comunidad – también se encuentran en los argumentos de Tönnies y Durkheim. Ambos coinciden en el lugar preponderante de la religión como elemento de moralización (pero también de coerción); por ende, los valores morales colectivos son similares a los valores religiosos y permiten la unidad de los individuos en un bien común. La idea latente, en el pensamiento de Durkheim, de una personalidad colectiva construida sobre la base de tradiciones, nos permite presuponer que las formas de vínculos en la sociedad deben ser mediadas por esos valores morales que se encuentran fijados por las tradiciones – y también por la religión – pero que al mismo tiempo deben ser reconfigurados en el contexto de la modernidad. En tanto, en el análisis de Tönnies sobre la comunidad, los valores en común y la búsqueda de un interés común constituyen un elemento trascendental para el sostenimiento de los vínculos en ese estadio, es así que son estas características las que hay que recuperar en la sociedad; por esto sostiene que la idea de los valores sociales éticos y la consideración de una conciencia moral tienen su origen en la tradición (Tönnies; 1942), que deberá ser revalorizada en la sociedad.¹⁴

En base a estas tres referencias podemos afirmar que los autores consideran que la principal forma de recuperar la vitalidad de los lazos comunales que permitirían mantener unidos a los individuos en la sociedad y que, al mismo tiempo, evitarían su desintegración, se encuentra vinculada a la puesta en vigencia de los valores morales que se asemejen a los existentes en la comunidad, que generen sentimientos de identificación, de unidad, y determinen un orden coercitivo que limite la acción de los individuos en el momento que pretendan atentar contra esa unidad. La idea de la unidad, de la vida común, de identidad común, donde la representación de un fin común media en el accionar de los individuos, es la primera respuesta a la desintegración generada por la sociedad; en este sentido, Durkheim sostiene que «la moral consiste en primer lugar en determinar la conducta, en sustraerla de la arbitrariedad individual» (1997; 37).

Hasta aquí, podemos encontrar que la recuperación en la sociedad de los aspectos de la comunidad devienen principalmente en la forma en que los individuos se relacionan entre sí, siendo el principal componente la idea de lo colectivo unido a valores morales vinculantes que regulan las acciones de los sujetos individualizados en la sociedad. Son los elementos en común los que permitirían contrarrestar los

14. En este punto es necesario comprender que los tres autores, y vistos los cambios generados por el origen de la sociedad moderna y el fin de los lazos y la vida en común que genera el fin de la comunidad, volcaron sus intereses intelectuales y políticos en la búsqueda de ciertos marcos de acción para el establecimiento de un orden. Veremos que en el caso de Weber la idea de orden es más transparente que en Tönnies o Durkheim, sin embargo es por demás interesante, antes de avanzar en los argumentos, comprender que ninguno de los autores auspicia y/o elabora un plan político que tienda a una transformación general de la organización societal – o un programa revolucionario – sino que se encuentran preocupados por el sostenimiento de un ordenamiento que permita mantener la unidad, y visto a la distancia, nutrir el sistema capitalista emergente.

efectos de la individualización y la racionalización que lleva a la desintegración de la sociedad. Así, la idea de una dependencia mutua y de valores de vida común (Tönnies, 1942) determinan la formación de vínculos comunales que, si bien – como ya los mencionamos – en la antigüedad se encontraban relacionados principalmente a la familia, en la sociedad se encontrarán alineados a nuevas formas de relaciones que tienden a recuperar esos valores. Durkheim (2008) insistirá en esta línea al sostener que la acción de obrar en común de los individuos está guiada por esos valores morales que venimos sosteniendo, siendo esos actos los efectos de la unidad. En este sentido, Weber rescata la idea de la comunidad, en la modernidad, referida al concepto de grupo. Al plantear la existencia de muchas y diferentes comunidades dentro de la sociedad marca la pertinente necesidad de recuperar valores trascendentes para la unión y la vida en común (De Marinis; 2010b). Sin embargo, también se preocupa por el establecimiento de un orden legítimo, que fuera capaz de evitar las diferencias que podrían surgir entre los distintos grupos en el momento de una disputa política. La idea de un orden legítimo inscripto en el marco del paso de la comunidad a la sociedad, habla a las claras que este orden debe seguir garantizando una unidad e identidad común, a la cual todos los individuos se ven sometidos, una vez que se pierdan los lazos comunales.¹⁵ En este mismo sentido, Weber dentro de un pensamiento más escéptico que Tönnies y Durkheim, si bien encuentra la existencia de actores que intentan elaborar una unidad, también visualiza la heterogeneidad de esos agentes, lo que termina por configurar un proceso de disputa entre ellos y por ende un panorama más conflictivo, y por cierto negativo, del que proponen los otros autores. Al mismo tiempo, y a pesar de la existencia de estos grupos (profesionales y/o políticos), debemos reflexionar también sobre su autonomía, en tanto ésta queda reducida por la presencia del Estado, porque como lo entiende Weber, estos grupos quedan absorbidos y neutralizados por la construcción del Estado moderno y su monopolio de la violencia (Ferraresi; 2014).

A partir de estos breves argumentos, nos encontramos en condiciones de afirmar que las soluciones propuestas por los tres autores coinciden en la necesidad de romper el individualismo y la anomia que acompaña el desarrollo de la sociedad, al tiempo que es preciso el restablecimiento de un orden capaz de recuperar la unidad perdida de los individuos con el origen de la modernidad y por ende localizar el agente capaz de llevar adelante esa empresa. Sin embargo, hay ciertas diferencias en torno a cuáles son los actores que, directa o indirectamente, actúan a los fines del establecimiento de la unidad y el orden. Mientras que en las posiciones de Tönnies y Durkheim se reconoce la presencia de un actor colectivo capaz de orientar la unión entre los individuos, principalmente las asociaciones profesionales o sindicatos; en el caso de Weber esta situación no es tan clara y de hecho constituye un factor de debate abierto. Al mismo tiempo, es pertinente mencionar que no hay un planteamiento

¹⁵. Como veremos más adelante, ese orden legítimo es lo que nos permite pensar en la idea de unidad detrás de un tipo de dominación legal racional que reemplaza en la modernidad a la dominación tradicional.

de un único agente colectivo en Weber, lo que permite pensar en una multiplicidad de actores que complejiza aún más este análisis y da apertura a nuevos trabajos al respecto. Y por otra parte, es necesario comprender que en la sociedad, las relaciones entre los individuos –en términos weberianos– están mediadas por acciones racionales con arreglo a fines, lo que niega la posibilidad de afirmar la idea de una unidad social pacífica, sino que en todo caso es la misma institucionalidad de esas acciones –vía mediación del Estado– lo que permitiría evitar un conflicto o en todo caso, mantener la unidad.

Sobre el Sujeto Político

La discusión sobre lo que se entiende por sujeto político sin duda constituye un argumento que excede al presupuesto de este trabajo, sin embargo a los fines prácticos, y con el objetivo de analizar las posiciones respecto a las propuestas de los autores expuestos, vamos a entender que el sujeto político, en este caso específico, es el agente de cambio capaz de evitar todo peligro de desintegración; por ende el actor político es aquel que pone en marcha los mecanismos de acción que permiten el sostenimiento de los vínculos sociales.

En el caso de Durkheim, pero también Tönnies, ese agente sin duda debe ser un actor colectivo: la «reconstrucción moral solo puede obtenerse mediante reuniones, asambleas y congregaciones en las que los individuos, en estrecha proximidad, reafirmen en común sus sentimientos comunes» (Durkheim; 2008: 641). Sin embargo, y a pesar de afirmar la existencia fundamental de las asociaciones políticas como actores imprescindibles en el sostenimiento de los lazos sociales, la idea de actor colectivo en Weber no es tan clara, la valoración del tipo de relaciones que los sujetos sostienen entre sí y el rol fundamental del Estado en el mantenimiento de un orden, bajo un tipo de dominación racional (característica de la modernidad) y un fuerte sistema burocrático, nos niega la posibilidad de encontrar ese agente colectivo que sí se vislumbra más claramente en Durkheim y Tönnies; sin embargo, entendemos que la idea de asociaciones como instrumentos de unidad dentro de la sociedad es común a los tres autores.

En la idea de la construcción del sujeto de cambio, como el garante del sostenimiento de los lazos sociales que eviten la desintegración en la sociedad, Durkheim, Tönnies y Weber coinciden en la valoración del agente político, por este motivo lo primero que debemos comprender es que ese agente, en la sociedad, nace a partir de la recuperación de las formas comunales de relación y vínculo entre los individuos (Sasín; 2010), de esta forma la creación de gremios, asociaciones, corporaciones, etc.,¹⁶ forman parte del argumento que sostienen los autores, como agentes capaces de evitar y/o contrarrestar el mal que genera la sociedad. No obstante, en el caso particular de Weber, sin duda ese actor está constituido dentro de los marcos de la actividad

16. En algunos trabajos, Durkheim hace mención a este tipo de organizaciones como asociaciones intermedias.

política, mientras que en los casos de Durkheim y Tönnies, la conformación de estos agentes involucra también, por ejemplo, la creación de gremios. Por otra parte, Weber incorpora la idea de «orden legítimo» como un instrumento de unidad social e identitaria. En este sentido, la idea de un orden claramente está presente en los tres autores, sin embargo, en el caso de Weber el orden aparece mucho más claro que en los otros dos autores, y su argumentación es mucho más sólida en la elaboración de su análisis respecto a la burocracia, las formas de dominación y la legitimidad. En el sentido en el que se elaboraron las argumentaciones de este trabajo, queda claro que los tres autores circulan alrededor de la necesidad de un orden, más allá de – o incluso para – evitar la desintegración, pero sostenemos que en este punto, y lo veremos más adelante, los postulados de Weber son más densos al respecto.

No obstante, y retomando la línea de análisis propuesta, si la forma de relacionarse que tienen los individuos en la sociedad está mediada por lo instrumental y por el desarrollo del capitalismo industrial, la solución a la desintegración es recuperar la idea de la unidad existente en la comunidad, fomentando la creación de «comunidades»¹⁷ que promuevan la búsqueda de un bien común sobre el interés individual. Por este motivo, son los grupos que se crean dentro del período industrial, capitalista, en defensa de los intereses comunes, los primeros sujetos políticos a analizar. En este sentido, Durkheim está convencido que la corporación¹⁸ es la destinada a convertirse en la base de la organización política (Durkheim; 2004), punto que comparte con Tönnies, en tanto este último observa con valoración positiva la construcción política de los sindicatos; sin embargo Weber, en su proyecto teórico político, si bien configura la idea de comunidades de regulación de la economía (Weber; 2008), lo cierto es que comprende que una vez disuelta la comunidad de intereses, claramente desde su aspecto asociativo – como forma de organización social y política – en la modernidad, la comunidad nacional pasará a ocupar ese rol, es decir como «una alternativa viable para recomponer la laceración social producida por el capitalismo» (Haidar; 2010:17).

Es cierto que este punto genera ciertas controversias respecto a la exposición que hace Weber en torno a la comunidad nacional. El problema se genera al intentar asociar libremente la idea de que la comunidad de intereses es reemplazada por la comunidad nacional, por este motivo es pertinente recurrir al análisis de Ferraresi (2014), en tanto él sostiene que la comunidad de intereses garantizaba el sostenimiento de la estructura de producción patriarcal y era el señor feudal quien sostenía la supervivencia dentro del sistema de servidumbre; en cambio, la instalación de un nuevo sistema productivo lleva a una transformación no solo en la forma de pro-

17. Weber hace referencia a «comunidades» para consignar los diferentes grupos que participan en la vida social, a los fines de este trabajo consideramos que no es posible hablar de una comunidad sino de comunidades, en plural, para dar lugar a las distintas asociaciones que interactúan en la sociedad.

18. Hablamos de corporación pensando en sindicatos, organizaciones de profesionales, etc.

ducción sino también en los vínculos sociales que se establecen; en este punto es el Estado quien tiende a garantizar la supervivencia, por medio de su estructura burocrática, en el sistema capitalista,¹⁹ Entonces, siguiendo esta perspectiva, si bien no hay un remplazo bis a bis, sí surge la idea de la comunidad nacional como un lugar donde median intereses en común, y esta comunidad estará integrada al Estado como instrumento de unidad, dominación y orden. Esto no significa que la comunidad nacional constituya un actor político, sino que en todo caso es dentro de esa comunidad nacional donde los actores políticos llevan adelante sus disputas, donde los distintos intereses, claramente heterogéneos dentro del sistema capitalista, se unifican en búsqueda de un destino común y donde un orden legítimo y la autoridad garantizan la unidad. Es por medio de estas ideas que Weber propone «eyectar la lucha de clases hacia el espacio de la comunidad nacional-estatal» (Haidar; 2010:19), sosteniendo la búsqueda de un bien común, el orden social y una identidad nacional.

Por otra parte, el aspecto asociativo que le dan Durkheim y Tönnies a las corporaciones económicas, Weber se lo dará a las asociaciones políticas, como los clubes o los partidos (Weber; 2008), por ello sostiene que una comunidad política «no es meramente económica» (Weber; 2008, 661), sin embargo sí es una asociación que comparte un ordenamiento y que determina la existencia de vínculos comunales, como la cultura, la lengua, las creencias, etc.²⁰ (Weber; 2008). En este sentido, Weber (2010) mantiene la idea de que los partidos políticos son asociaciones que tienen objetivos transmitidos por la tradición, por ende son agentes capaces de evitar la desintegración de los lazos sociales; sin embargo estos partidos integrarán, pero también determinarán, una disputa al interior de la comunidad nacional estatal.

Por su parte, Durkheim, tal como venimos sosteniendo, llamará la atención sobre las asociaciones intermedias, no solo por ser las bases de la organización política sino también porque logran unificar intereses en común: «los sentimientos que resultan de las acciones y las reacciones que intercambian los individuos asociados son los únicos que están por encima de los sentimientos individuales» (Durkheim; 2003;

19. «La “comunità d’interessi” che reggeva la struttura del potere patriarcale (e che lì corrispondeva alla base materiale del rapporto: servitù in cambio di limitazione dello sfruttamento economico da parte del signore e della garanzia della sopravvivenza) è svuotata e capovolta, a causa della mutata struttura della sua base materiale (dalla proprietà dei mezzi di produzione e di amministrazione all’espropriazione), in una comunità della disciplina e dell’impresa, cioè in una comunità dell’assoggettamento sul terreno del moderno capitalismo burocratizzato (in cui nuovamente l’obbedienza al comando d’impresa e a quello dello Stato è ricambiata dall’indispensabilità della macchina per la sopravvivenza)» (Ferraresi; 2014:160).

20. Está claro que en el pensamiento weberiano, la cuestión de la violencia y la coacción es determinante en la formación de las comunidades políticas, a modo práctico hemos decidido en este trabajo no tomar dicho aspecto, concentrándonos en el valor de las tradiciones y los elementos que unifican a los integrantes de las comunidades que no por ello dejan de ser fundamentales en el análisis político de dicho autor; en tanto el carácter coercitivo del Estado, conlleva el mantenimiento de un orden y plantea exigencias a cada uno de los individuos (Geicsnek; 2012).

167), al mismo tiempo que contienen la tiranía de la individualidad, rompiendo el egoísmo, construyendo lazos fuertes (Brint; 2001) y evitando la desintegración. Las asociaciones de profesionales constituyen la conformación de las conductas morales que ponen en marcha los sujetos y resulta de ellas la conformación de nuevos hábitos y costumbres que necesariamente son coincidentes con la idea de lazos en la comunidad, porque sujetan a la individualidad dentro de marcos de acción colectivos (Durkheim; 1997). Para Durkheim es necesario encausar la idea de libertad que se genera en la sociedad dentro de valores comunes a fin de no caer en egoísmos, tiranías y/o anarquías que tienden a destruir la sociedad; los grupos secundarios, insistirá, recuperan los valores contenidos en vida de la familia y por consiguiente de la comunidad (Durkheim, 2004).

En igual sentido, Tönnies también valorizará las formas organizativas de las corporaciones o los sindicatos como tipos de comunidades que emergen en la sociedad industrial (Honneth; 1999); en este sentido existe en estos postulados la idea de la recuperación de una producción de relaciones que se generan en las sociedades obreras, donde el trabajo constituye «la fuente de todos los valores» (Tönnies; 1947; III), entonces también en él se encuentra la idea de un bien común, que surge de un conjunto de valores que mantiene a los individuos unidos bajo ciertas condiciones morales que permiten evitar el egoísmo y el individualismo generado en las sociedades industriales. Estas asociaciones recuperan lo valorado de la comunidad, el bien común, al tiempo que determinan una forma de conducta, en clara coincidencia con los postulados de Durkheim; es por eso que la idea de unión surge como la relación de una vida que tiene su esencia en la comunidad (Tönnies; 1947). De esta forma, comprendemos que una asociación tiene una «existencia moral» (Tönnies; 1942; 28) con ciertas normas que guían sus acciones; es decir que la idea de la asociación constituye sin duda la idea de una voluntad unánime bajo un sistema de reglas que mantiene la unidad y conforma una voluntad común, en donde se generalizan las creencias, los valores y las costumbres. Así, las referencias a las asociaciones como «cofradías religiosas» (Tönnies; 1942: 136) lo alinean a las ideas de moralidad que propone Durkheim como forma de evitar la desintegración social.

En este punto queda claro que los tres autores, con sus diferencias, coinciden en que las asociaciones, en tanto forma de vida y convivencia común, son elementos constitutivos de las comunidades emergentes en la sociedad y se construyen como un instrumento fundamental para evitar la desintegración; al mismo tiempo, si bien es cierto que la formulación de los roles específicos de las asociaciones solo pueden ser analizados en los contextos históricos de su surgimiento también es correcto afirmar que su conformación las constituyen como agentes de cambio que recuperan los valores comunales que la sociedad tiende a destruir.

No obstante esta afirmación, es necesario entender que en el caso de Weber, la acción de las asociaciones no solo se encuentra limitada y/o sostenida por valores morales o tradicionales, sino que juega un rol fundamental la presencia del Estado como agente de coerción física y unidad entre los individuos. Por esto (y si bien en el

caso de Tönnies y Durkheim el Estado cumple un papel fundamental) es pertinente entender que en el caso de Weber el Estado, como asociación que se encuentra por encima de los individuos, es quien, a fin de cuentas, termina estableciendo un orden, normativo-legal y una unidad nacional; pero este Estado en el sentido weberiano debe saberse como el Estado Burocrático Moderno y no cualquier tipo de Estado.

Sobre el Estado

Como venimos sosteniendo, ni la unidad ni la funcionalidad de las asociaciones pueden entenderse si no se comprende la importancia del rol del Estado en el pase a la sociedad. En este sentido, el punto de mayor discusión en torno al paso de la comunidad a la sociedad es el Estado moderno, racional y burocrático, en términos weberianos, que constituye un punto de sostén del ordenamiento nacional en el pensamiento de los tres autores, pero no por eso instituye un fin último de la utopía política que promueve la revitalización de los elementos de la comunidad.

En este sentido, el Estado es para Weber un lugar de disputa de la comunidad política por excelencia, donde la multiplicidad de partidos políticos interviene por medio de su actividad política. Es por esto que el Estado constituye un punto de unidad de la comunidad nacional, en tanto unifica las individualidades dispersas ya sea por su aparato coercitivo (De Marinis; 2010b) y/o por su estructura de identidad, costumbres, la formación de una nación²¹ (Haidar; 2010) y principalmente su legitimidad (Ferraresi; 2014). El Estado²² dentro de esta perspectiva instituye y constituye una instancia supraindividual (Nocera; 2006), donde un grupo de gobernantes mantiene el control y el orden social bajo el monopolio de la coacción física. Por otra parte, la comunidad nacional es un elemento que le permite a Weber tomar en consideración los componentes subjetivos que seguirán existiendo en una sociedad, donde los ordenamientos racionales son los que estructuran la acción, y permiten evitar la fractura al interior de esta; «al estar los individuos unidos a través de sentimientos subjetivos, la comunidad nacional²³ se constituye como amalgama que aglutina por pertenencia y voluntad de unidad y soberanía» (Aronson; 2011:113). Entonces,

21. Es pertinente considerar que la idea de construcción de la nación en el pensamiento de Weber hace clara referencia a la idea de una nación germánica, que constituyó un punto de discusión política durante la unificación de Alemania.

22. «El Estado moderno supone la conformación de un sistema institucional centralizado y regulado por vía impositiva. Con ello se da la estructuración de una burocracia pública y un ejército permanente, con un poder militar centralmente comandado, que habilite la posesión del monopolio legítimo de la violencia física, en el marco de la vigencia de un cuerpo de normas que conforme un edificio jurídico racional» (Nocera; 2006: 16).

23. La idea de Nación es trabajada en Weber como comunidad, y debe comprenderse que esa homogeneidad nacional no se basa solo en una “real comunidad sanguínea” (Weber; 2008: 680) y tampoco únicamente “comprende el concepto de comunidad de origen y una semejanza de carácter” (Weber; 2008: 680), lo que surge es una identidad subjetiva de pertenencia. Tampoco debe confundirse la idea de comunidad nacional con Estado.

el Estado pasa a estar integrado por la comunidad nacional; es un Estado Nación que representa los intereses de la sociedad, bajo una misma identidad. Aquí es fundamental interpretar que las fuerzas económicas para Weber son independientes al Estado, por tanto este es la autoridad que representa a la comunidad nacional y es capaz de evitar el caos que pudiera generar el sistema capitalista (Haidar; 2010). En este sentido, la comunidad nacional funciona como un sostén ante la desestructuración de la economía patriarcal, de la comunidad de intereses anterior al Estado moderno, y el pase al capitalismo (Weber; 1990), evitando la desintegración de la sociedad. El análisis weberiano de la comunidad de intereses se despliega permanentemente en el contrapunto con una comunidad nacional que, aunque no viene «dada» por la pertenencia a un colectivo biológico, se funda, no obstante, en la noción de raza y, más aún, en la afirmación de la superioridad de una (la germana) sobre otra (la polaca) (Haidar; 2010: 23).

Por su parte, Durkheim considera que es el Estado el único capaz de evitar la tiranía de un colectivo sobre otro, aquel constituye la autoridad soberana y es quien elabora las representaciones colectivas que mantiene unidos a los colectivos, al mismo tiempo que se encuentra por encima de otras representaciones menores (Durkheim; 2003). El Estado se constituye como un elemento que libera y al mismo tiempo controla al individuo, es quien vigila y evita el despotismo individual pero también el colectivo (Durkheim; 2003); las agrupaciones intermedias, en este sentido, constituirán el nexo coordinante entre el Estado y los individuos (Durkheim; 2004). Las asociaciones intermedias adquieren en el análisis de Durkheim un rol fundamental, y aunque el Estado tiene una preponderancia singular en tanto su deber «consiste en llamar progresivamente al individuo a la existencia moral» (Durkheim; 2003:113), las asociaciones profesionales son las que permiten la construcción de intereses colectivos que apaciguan la búsqueda constante de intereses económicos que atraviesan los individuos en las sociedades modernas y que afectan la unidad de la sociedad; en este sentido, en torno a las asociaciones profesionales Durkheim afirma: «puesto que está compuesta por individuos que se consagran a los mismos trabajos y cuyos intereses son solidarios o incluso se confunden, no existe terreno más propicio para la formación de ideas y sentimientos sociales» (2012: 429).

Ahora bien, mientras que estos grupos intermedios sirven y garantizan la continuidad de sentimientos de «comunidad» en su interior, y mantienen lazos solidarios, Durkheim sugiere que es necesaria la existencia del Estado como un poder por encima de ellos, que represente los intereses de la colectividad total para evitar la imposición de los intereses de colectividades particulares (Durkheim; 2003). Entonces, mientras que las asociaciones intermedias o profesionales permiten establecer lazos solidarios entre los individuos, el Estado figura como el garante de que se mantengan esos vínculos de solidaridad entre las distintas asociaciones y de esta forma evitar la disolución de la sociedad, en el momento en el que los intereses individuales (de cada asociación) intenten imponerse como generales.

Tönnies (1942) también coincide en considerar al Estado como una asociación que une a todos los individuos en convivencia, representando todo el cuerpo social en tanto logra contener la probable rivalidad entre los individuos a través de su arbitrariedad y su fuerza, sosteniendo la convivencia. No obstante, Tönnies (1947) insiste en que no es el Estado quien contiene la unidad, la nación y la cultura, sino que más bien son los propios elementos comunales los que son capaces de mantener la idea de una nación por medio del fortalecimiento de la cultura, porque en todo caso el Estado se encarga de sostener los lazos promovidos en la sociedad, iniciando la individualización de los sujetos y legislando en base a la moderna lógica de intercambio sin que medie por ello una tradición que reconstruya los valores morales de la comunidad. El Estado, desde esta perspectiva, no deja de ser un tipo ideal que debe ser entendido como «una persona ficticia o colectiva, que regula y ordena la convivencia entera de los hombres» (Tönnies; 1942: 140). En este sentido, para Tönnies, el Estado fomenta un tipo de relación entre los individuos que no deja de ser meramente instrumental, el Estado moderno en esta perspectiva, se constituye «como un medio para la satisfacción de nuevas y especiales necesidades» (Tönnies; 1942: 50), y ésta es la gran diferencia que sostendrá respecto a las posiciones acerca del Estado moderno con respecto a Weber y Durkheim.

Algunas conclusiones y una discusión abierta

En este breve esbozo que hemos construido, insistimos en comparar principalmente los puntos en común que comparten Weber, Tönnies y Durkheim – aunque también insistimos en algunas diferencias específicas – respecto a sus postulados teórico-políticos en relación al paso de la comunidad a la sociedad, partiendo de una lectura del tipo política utópica propuesta por De Marinis (2010). Comprendimos que era pertinente considerar por qué los tres sostenían que la crisis que generaba la sociedad era determinante para postular un programa político futuro, y que era fundamental localizar aquellos agentes (pero, y sobre todo, herramientas) capaces de sostener dicho programa. También describimos brevemente las posiciones que mantenían respecto a la sociedad, el desarrollo de la modernidad y sus consecuencias; a esto debimos acompañarlo de las propuestas que permitían ver dónde se encontraba el conflicto y cuál era la manera de resolverlo. No obstante, es cierto que la perspectiva de los tres autores no es la misma y que hay un esfuerzo académico por acercar las herramientas que fueron utilizadas en la conformación de un plan político.

Entendemos que en el caso de Tönnies y Durkheim la construcción y el engranaje de funcionamiento de un actor colectivo desde una perspectiva teórica es mucho más transparente, en tanto a lo largo de toda su obra, ambos autores ponen fuerte énfasis en las capacidades regeneradoras de lazos sociales de ciertos agrupamientos (profesionales, sindicales, etc.), los valores morales y los factores culturales; al mismo tiempo que estas asociaciones emergentes permiten recuperar ciertos valores relacionados a la comunidad y tienen la principal característica de generarse

desde abajo. Sin embargo, en el caso de Weber, podemos encontrar muchas marchas y contramarchas a lo largo de sus elaboraciones teóricas, que hacen que su planteo utópico político sea por demás escéptico, situación que impide encontrar un agente de cambio concreto; no obstante esto, es posible localizar «salidas», alternas, no siempre duraderas, a la crisis de la modernidad. Al mismo tiempo, hemos dado cuenta que desde la perspectiva de este autor las definiciones en torno a la comunidad nacional, Estado, autoridad y legitimidad, nos permite pensar que la construcción de unidad, más allá de los espacios asociativos, se encuentra vinculada principalmente a una construcción monopolizante desde arriba y que es reflejada en la idea de Estado Nacional.

No obstante, este trabajo planteó la necesidad de encontrar al sujeto político que, en la elaboración de los autores, permitiría evitar la destrucción de la sociedad; nos hemos puesto como desafío comprender que no es necesario personalizar a esos actores sino en todo caso encontrar los instrumentos y los recursos que son pertinentes para descubrir a ese agente de cambio. Lo fundamental, desde nuestra perspectiva, era darle entidad a un conjunto de elementos propuestos como las armas de lucha contra la desintegración, y si bien es cierto que algunas de esas herramientas son compartidas por los tres autores, como las asociaciones, también es cierto que la discusión en torno a su aplicación es vasta y diversa, por lo que no ha podido ser plasmada en su totalidad en este trabajo.

Por lo antedicho, estas conclusiones no cierran la discusión, en tanto el factor fundamental que une el proyecto teórico político utópico de los tres autores no es necesariamente el retorno a la comunidad, que como se sostuvo inicialmente es imposible; en todo caso ellos coinciden en que los elementos –morales, religiosos, tradicionales, legítimos, etc. – que hacen al fortalecimiento de los lazos entre los individuos son los únicos capaces de evitar la desintegración, en tanto promueven una vida en común, basada en la unidad entre los individuos. Por otra parte, es pertinente aclarar que no hemos profundizado en los conflictos que pueden surgir de los postulados expuestos en tanto no fue una formulación planteada en este trabajo. Entendido esto, y afirmando que el principal peligro de la sociedad es el individualismo, el sujeto político emergente en sociedad –y necesario para evitar los males que esta puede generar– no puede ser otro que un sujeto colectivo que represente los valores comunes, así «lo común»²⁴ constituye el principal elemento de la construcción política utópica. Pero esto no resta la necesidad de pensar las diferencias que se inscriben en la perspectiva de cada uno de los autores trabajados, en tanto mientras que los casos de Durkheim y Tönnies, el actor colectivo es visiblemente claro en las asociaciones, principalmente sindicales; en el caso de Weber este sujeto es menos transparente y surge la idea de un individuo que se vincula con los otros por medio de relaciones sociales orientadas a fines, donde el rol del Estado, la comunidad nacional y la autoridad legítima, constituye una variante de unidad y orden social mucho

24. Al mencionar «lo común» hacemos referencia a las condiciones, instancias, espacios etc. compartidos por los individuos.

más fuerte que la que podrían surgir en los grupos o asociaciones de la sociedad civil. En cierto punto, el principal inconveniente que rodea la idea de un actor político (y colectivo) en Weber, y que difiere de la perspectivas en torno a los otros dos autores, es que en su planteo político no involucra «una teoría de los sujetos colectivos históricos» (Rodríguez Sánchez; 1997: 8).

Al mismo tiempo, si bien es cierto que lo colectivo funciona como elemento de lucha y transformación, es pertinente aclarar que ese colectivo debe buscar el bien común y sostenerse por medio de un conjunto de valores capaces de evitar el individualismo, el egoísmo y, al fin y al cabo, una disputa entre los integrantes de la sociedad. Sin duda este agente político está referenciado en las asociaciones, en el caso de Durkheim y Tönnies específicamente en las ligadas al trabajo en la era capitalista – ya sea obreras o profesionales – mientras que en el caso del planteamiento de Weber, las asociaciones de mayor importancia son principalmente las que él denomina políticas – y que integran la comunidad nacional – como actores que mantienen los mayores niveles de valores comunes y por ende de unidad (Haidar; 2010).

También debemos sostener que para este trabajo se realizó un recorte por demás sintético de los elementos que proponen y promueven los autores aquí referenciados, y que no se pretendía ahondar en diferencias sino en todo caso en los puntos de coincidencia o similitudes que nos permitieran comprender que el problema de la «sociedad» constituía un factor fundamental en el desarrollo político sociológico de finales del siglo XIX y principios del XX. Hechas estas aclaraciones que sintetizan las premisas expuestas en este trabajo, podemos concluir que el sujeto político en la perspectiva de la comunidad como proyecto utópico político, no es un sujeto determinado, construido y consolidado; el sujeto político capaz de evitar los males que genera el paso de la sociedad a la comunidad es un actor en constante construcción, en tanto su principal función es reconstruir y reinventar los elementos que permiten la unidad de los individuos por medio de los lazos sociales, los cuales deben sostenerse por medio de un conjunto de valores morales y las tradiciones que son modificadas y alteradas constantemente a medida que el desarrollo de la sociedad avanza y que, sin embargo, revalorizan aquellos elementos que se encontraban presentes en la comunidad como forma de organización del pasado.

Este sujeto político se construye por medio de factores en común que comparten los individuos, y que al mismo tiempo se ven obligados a pensar colectivamente en búsqueda de un bien común para evitar la desintegración de la sociedad. Por este motivo, Tönnies, Durkheim y Weber²⁵ sostienen que las asociaciones, los gremios o los sindicatos, son agentes políticos capaces de poner en marcha las transformaciones

25. Es pertinente sostener que en el caso de Max Weber la idea de un actor colectivo, del sujeto político de cambio, es mucho más difícil de visualizar que en el caso de Tönnies y Durkheim. En todo caso lo que este artículo se propuso fue entender que, a pesar de las diferencias en los posicionamientos respecto de los actores de cambio, los tres autores encuentran salidas, más optimistas en el caso de Tönnies y Durkheim y más pesimistas en el caso de Weber, respecto a las crisis generadas por el surgimiento del sistema capitalista y la modernidad.

necesarias para evitar la crisis de la sociedad, en tanto son ellos los que comparten realidades, identidades e intereses comunes. Los cambios en las relaciones que genera la modernidad obliga a que los lazos entre los individuos también cambien y se adapten a la realidad capitalista industrial de la sociedad, pero también les exige sostener la unidad entre ellos a fin de evitar su desaparición. En este sentido, las asociaciones constituyen «una personalidad colectiva, con sus costumbres y tradiciones, sus derechos y sus deberes y su unidad» (Durkheim; 2012: 440).

Por último, en nuestra argumentación hemos hecho mención al Estado y su rol en la modernidad, en este punto encontramos que Tönnies se distancia de los postulados de Durkheim y Weber, pero esta distancia no es irreconciliable, en tanto que para los tres el Estado es un instrumento de la modernidad que representa el valor coercitivo último capaz de evitar la destrucción de la sociedad, pero al mismo tiempo es un instrumento moderno, es una autoridad que surge una vez que la organización comunal tiende a desaparecer. Por este motivo, en este trabajo consideramos que si bien era pertinente su mención y la argumentación respecto a tal; también es necesario, dejando abierta toda esfera de discusión, mencionar que no es posible pensar al Estado en los términos de comunidad que intentamos reconfigurar, pero tampoco como un actor político que logra amalgamar a la sociedad, porque en todo caso el Estado es el resultado de un tipo de organización social que tiende a generar individualidades que solo pueden seguir existiendo bajo una lógica coercitiva que poco tiene que ver con la lógica moral – aunque también coercitiva – que generan los vínculos comunales.

Bibliografía

- Alvaro, D. (2010). «Los conceptos de “comunidad” y “sociedad” de Ferdinand Tönnies». *Papeles del CEIC*, (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva, Universidad del País Vasco), 2010/1, (52), 1-24. Recuperado de <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/52.pdf>
- Aronson, P. P. (2011). «La centralidad del carisma en la sociología política de Max Weber». *Entramados y Perspectivas*, 1 (01), 109-126.
- Aronson, P. (2007). «El carácter revolucionario del cambio. La quimera de las Revoluciones». En Aronson, P. y Weisz, E. (eds.), *La vigencia del pensamiento de Max Weber a cien años de «La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo»*, Buenos Aires: Gorla
- Brint, B. (2001). «Gemeinschaft Revisited: A critique and reconstruction of the community concept». *Sociological Theory*, 19 (1).
- Cahnman, W. J. (1976): «Tönnies, Durkheim and Weber». *Social Science Information* 15, 839-853.
- Cliff, T. (1994) «La clase trabajadora y los oprimidos». *Socialismo Internacional*, 1. Recuperado de <https://www.marxists.org/espanol/cliff/clasetrab.htm>
- Coutu, M. (2005). «La nation entre communauté et société: réflexions autour de Ferdinand Tönnies et de Max Weber». En M. Coutu, P. Bosset, C. Gendreau y D. Villeneuve (Eds.),

entramados y perspectivas, vol. 5, núm. 5, págs. 179-201 (oct. 2014/sept. 2015)

- Droits fondamentaux et citoyenneté. Une citoyenneté fragmentée, limitée, illusoire?*, Montreal: Thémis.
- Dean, M. (1999), «Governmentality: power and rule in modern society». Londres: Sage Momm-
sen, W. J. *The Political and Social Theory of Max Weber*. Chicago: The University of Chica-
go Press.
- De Marinis, P. (2005). «16 comentarios sobre la(s) sociología(s) y la(s) comunidad(es)». *Papeles
del CEIC*, (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva, Universidad del País Vasco),
15, 1-39. Recuperado de <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/15.pdf>
- (2010a). *Sociología clásica y comunidad: entre la nostalgia y la utopía (un recorrido por al-
gunos textos de Ferdinand Tönnies)*. Barcelona y México DF: Editorial Anthropos y Uni-
versidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- (2010b). «La comunidad según Max Weber: desde el tipo ideal de la Vergemeinschaftung
hasta la comunidad de los combatientes». *Papeles del CEIC*, (Centro de Estudios sobre
la Identidad Colectiva, Universidad del País Vasco), 58, 1-36. Recuperado de [http://ww
w.identidadcolectiva.es/pdf/58.pdf](http://www.identidadcolectiva.es/pdf/58.pdf)
- (2013). «Las comunidades de Max Weber. Acerca de las tipologías sociológicas como medio
de desustancialización de la comunidad», Trabajo presentado en la Conferencia *Max
Weber en Iberoamérica*, México DF: Centro de Investigación y Docencia Económicas,
CIDE.
- Durkheim, É. (1997). *La educación moral*. Buenos Aires. Losada.
- (2003). *Lecciones de sociología*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- (2004). *La división del trabajo social*. Buenos Aires: Ediciones Libertador.
- (2008). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Alianza Editorial.
- (2012). *El suicidio*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Ferraresi, F. (2014). «Genealogie della legittimità. Città e Stato in Max Weber». *SOCIETÀMU-
TAMENTOPOLITICA*, 5 (9), 143-160.
- Geicsnek, E. (2012). «Comunidad, autoridad y orden social en Max Weber y Émile Durkheim».
En De marinis, P. (Coord) *Comunidad: estudios de teoría sociológica*. Buenos Aires: Pro-
meteo
- Grondona, A. (2010). «La sociología de Emile Durkheim. ¿Una definición “comunitarista” de
lo social?» *Papeles del CEIC* (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva, Universi-
dad del País Vasco), 2010/1, (55), 1-24. Recuperado de [http://www.identidadcolecti
va.es/pdf/55.pdf](http://www.identidadcolecti
va.es/pdf/55.pdf)
- Haidar, Victoria (2010) «De la disolución a la recreación de la comunidad. Un contrapunto
entre Max Weber y François Perroux». *Papeles del CEIC*, (Centro de Estudios sobre la
Identidad Colectiva, Universidad del País Vasco), 2010/1, (54), 1-28. Recuperado de [ht
tp://www.identidadcolectiva.es/pdf/54.pdf](http://www.identidadcolectiva.es/pdf/54.pdf)
- Honneth, A. (1999). «Comunidad: esbozo de una historia conceptual». En: Isegoría. Revista
de Filosofía Moral y Política. Nº20, PP 5- 15
- Mommsen, W. (1989). *The political and social theory of Max Weber*. The University of Chicago
Press
- (2000). *Max Weber's «Grand Sociology»: The Origins and Composition of mirtschaft und
Gesellschaft. Soziologie, History and Theory*. 39: 364-383.

- Nocera, P. (2006). «Mediaciones conceptuales en la sociología de Max Weber. A cien años de *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo*», *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas* 13. Recuperado de <http://www.ucm.es/info/nomadas>
- Ramos Torre, R. (2010). «La comunidad moral en la obra de Émile Durkheim». En: de Marinis, P.; Gatti, G. y Irazuzta, I. (eds.): *La comunidad como pretexto. En torno al (re)surgimiento de las solidaridades comunitarias*. Barcelona y México DF: Editorial Anthropos y Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- Rodríguez Sánchez, C. (1997) «Max Weber y la democracia». *Crítica & Utopía*. 1. Recuperado de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/critica/nro1/rodriguezsanchez.pdf>
- Sica, A. (1988). *Weber, Irrationality, and Social Order*. California: University of California Press.
- Sasín, M. (2010). «La comunidad estéril. El recurso comunitario como forma de la autodescripción social». *Papeles del CEIC* (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva, Universidad del País Vasco), 57, 1-35. Recuperado de <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/57.pdf>
- Tönnies, F. (1942). *Principios de sociología*. México: Fondo de Cultura económica,
- (1947). *Comunidad y Sociedad*; Buenos Aires: Losada.
- Villacañás, J.L. (1996). «Tönnies versus Weber», en Cortés Rodas, F y Monsalve Solórzano (eds), *Liberalismo, comunitarismo, derechos humanos y democracia*. Valencia: el Magánim.
- Weber, Max (1990) «La situación de los trabajadores agrícolas en la Alemania del Este del Elba». *Visión general* (1892). *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, Nº49.
- (2003). *El político y el científico*. Buenos Aires: Prometeo.
- (2006). *Ensayos sobre metodología sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu
- (2008). *Economía y sociedad*, México: Fondo de Cultura Económica.
- (2010). «Parlamento y gobierno en una Alemania reorganizada». En: Weber Max, *Obras Selectas*. Buenos Aires. Distal.